

3-04-07

AMA LEAN

© Ama Lean, 2016

© Bebookness, 2016

www.bebookness.com

ISBN: 9788416640379

Foto de portada: iStock.com/gaiamoments

Todos los derechos reservados

El contenido es responsabilidad única del autor

3:04 AM

AMA LEAN

Índice

[Prólogo](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

Agradecimientos

A Marie, Belén, Aida y Sergi,
por ser quienes dicen ser,
por estar donde quieren estar:
a mi lado.

Prólogo

Sin darnos cuenta, hemos permitido que un permanente engaño nos encadene; un engaño creado, con insistencia, por nuestra mente. Nos alimentamos de nuestros pensamientos, que viajan incesantemente entre el pasado y el futuro, y distorsionamos la realidad. Nuestra mente nos ha negado el acceso al presente, nos ha desconectado.

Hemos perdido la capacidad de percibir aquello que se escapa de la lógica, alejándonos cada vez más del presente, de la verdad. La mayoría de nosotros solo creemos en aquello que podemos ver, que podemos tocar, pero nada es lo que parece. Nada.

Solo tú puedes decidir si deseas escapar de esta angustiante pesadilla o seguir dando vueltas como una rata en tu rueda de pensamientos.

Solo tú.

CAPÍTULO 1

Nada

Nunca he creído en las casualidades, tampoco en las supersticiones ni en la magia y, mucho menos, en la religión; me da náuseas solo pensarlo. Nunca he creído ni en nada ni en nadie.

¡Maldita sea! ¿Quién me iba a decir que tendría que entrar en una iglesia para alcanzar mi salvación?

Todo empezó hace tres meses, quizás cuatro, no lo recuerdo con exactitud. Lo que sí recuerdo es el silencio que un día llenó cada rincón de mi habitación, cada átomo de mi ser; lo podía oler, tocar; lo oía, parecía que me susurraba...

Era un viernes por la tarde, dos minutos habían relegado al pasado a las tres menos cuarto. Al llegar a casa, en la portería, un escándalo monumental se mezcló con la música que sonaba en mis auriculares. Albert, el adolescente e irascible vecino del segundo –qué digo adolescente... ¡un imbécil!–, había destrozado otra vez, con su jodido patinete, el cristal de la vitrina que adornaba el vestíbulo. Y ya iban tres.

Todo parecía patéticamente normal al cruzar el umbral de la puerta de mi casa; todo estaba exactamente en su sitio: el recuerdo de mi madre, la lejanía de mi hija, mi reencuentro con la soledad. Eché la vista atrás, buscando algo emocionante que me hubiese sucedido durante las horas que tan rápido iban transcurriendo y que los pensamientos no me permitían sentir. Solo encontré la rutina de cada día: las mismas caras, las mismas palabras y los mismos falsos salu-

dos de siempre; las mismas muecas de una forzada sonrisa. Estaba harto de tanta mentira.

Nada me hizo sospechar que esa noche no la olvidaría jamás; que un maléfico plan se cernía sobre mi vida y la de mis seres más queridos; que las personas que estaban a mi alrededor no eran quienes decían ser; que la maldad se arraigaba en lo más profundo de sus almas y solo se sentían liberadas haciendo daño y causando sufrimiento.

Nada me hizo sospechar.

CAPÍTULO 2

El silencio

La especulación y la crisis hicieron desvanecerse los deseos de riqueza de un conocido constructor. Los anuncios con luces de colores se fueron desgarrando a pedazos de las vallas publicitarias que adornaban las calles. El tiempo, la contaminación y el abandono tiñeron cada uno de los edificios, creando una isla de tétricos bloques grises en medio de uno de los barrios más elitistas de Barcelona.

El dinero compró la vida de familias, obligándolas a abandonar sus casas, sus recuerdos. La pobreza trajo nuevos vecinos en busca de refugio en las frías noches de invierno. Vecinos discretos, nocturnos, avergonzados de la suerte que corrían. La sociedad les había dado la espalda. Ya no conducían coches de lujo, sino que empujaban –no sin esfuerzo– carritos vacíos de bienes materiales pero cargados de la desesperación y la tristeza más profunda que un ser humano pueda sentir: la soledad, un peso difícil de arrastrar.

Justo enfrente de mi edificio, en un minúsculo apartamento, las cortinas ocultan la desgarradora situación de una joven pareja –no creo que sean mayores que yo– y sus dos críos. Algunas mañanas coincido con el marido de camino a la oficina, siempre con su mejor traje, una carpeta que deja entrever la fotografía de su currículum, una mirada de esperanza y un paso decidido. A su regreso –a última hora de la tarde–, su mirada se pierde entre los adoquines de la acera, buscando su dignidad; su afligido paso y el desánimo son sus acompañantes.

Por las noches, lo veo recorrer solo las calles en busca de los mejores contenedores de basura: el supermercado

de los pobres. Todos los viernes, siempre antes de su regreso, le dejo una caja repleta de comida, caramelos para los críos y un sobre con dinero. Es una caja colmada de esperanza, de ilusión, de ánimos. Sé que le cuesta aceptarlo – como me costaría a mí–, pero su orgullo se arrodilla ante el hambre de sus hijos.

Desde la parada de metro más cercana, once minutos de un solitario paseo me separan de mi casa.

Este es mi barrio; estos, mis vecinos.

La armoniosa arquitectura del edificio en el que vivo te obliga a admirarlo. Arrancadas de las entrañas de alguna lejana cantera, sus graníticas piedras de color negro lo magnifican. Ya han transcurrido 134 años desde que colocaron su piedra angular. En la fachada, dos colosales columnas soportan el peso del tiempo; sobre el pétreo dintel, las manos de un maestro grabaron el año de su construcción en letras romanas.

Aedificavit in MDCCCLXXIX

Un inmortal portón de madera maciza da acceso a un majestuoso vestíbulo. Al entrar, contemplas ensimismado el mosaico de baldosas de mármol blanco que tapiza el pavimento; te percatas entonces de que sus adornos geométricos rivalizan con el propio universo. Cuando crees que la belleza no puede ser superada, tu instinto te alerta de que alguien te está vigilando; el sonido del tiempo de un gran reloj de péndulo te fuerza a mirar al frente. Encima de este, el rostro de un desmesurado sol pagano, tallado en piedra, te observa paciente mientras te da la bienvenida al pasado.

El edificio no tiene ascensor y las escaleras no invitan a subir por ellas, son estrechas y sus escalones, altos, sin apenas iluminación. Nunca lo han reformado. Cuando recorres

sus largos y claustrofóbicos pasillos, te llama la atención el *collage* creado por el yeso al desprenderse, lo que le arranca a pedazos su tonalidad azulada; te das cuenta así de que sus paredes han sido decoradas, año tras año, por el roce de los inquilinos con una ancha y negruzca cenefa. Un penetrante olor a humedad te apremia a acelerar el paso. El centro de los peldaños está desgastado, brilla; no me imagino la cantidad de personas que habrán subido por esas escaleras, acariciando el pasamanos. ¿Cuántas historias habrán oído sus paredes? Secretos, lamentos... ¿cuántos?

Solo tiene cuatro plantas; cada planta, tres pisos, excepto el ático. La mayoría de los pisos están en muy mal estado, no vive nadie, ¡ni las ratas! Solo hay un vecino por planta.

En la primera planta, reside una pareja de ancianos, de una edad más cercana a la muerte que a la vida: más de ochenta años de experiencias, de existencia. No llevan mucho tiempo en el edificio. Es increíble, ha transcurrido más de medio siglo desde que se casaron y todavía se agarran de la mano cuando pasean por el parque. Siempre se sientan en el mismo banco, él la mira mientras le acaricia el pelo y le susurra algo al oído, ella ríe; se miran fijamente a los ojos, es una mirada tierna, dulce. Siguen enamorados.

Comparten su soledad con un gato. Son encantadores... la pareja; su gato me odia, me bufa cada vez que me ve; si pudiese, me arrancaría los ojos. Un pavor me domina cuando lo veo. Siempre me mira fijamente mientras me sigue; creo que puede leerme la mente, por eso no le gusto: sabe que de buena gana le daría una patada. Siempre que me encuentro en la portería con la señora Anita, la anciana, me pregunta si necesito algo. ¡Pobre mujer! Su único ingreso es la miserable pensión que recibe su marido del Estado. Nunca deja escapar la oportunidad para hablarme de su fastuosa vida antes de la crisis, de lo que tuvo y perdió, de su deseo vehemente de recuperarlo. Son muy amables

conmigo, diría que me tratan como al hijo que nunca tuvieron.

El inquilino de la segunda planta es un tanto extraño. Su sola presencia me incomoda, despierta recuerdos y sentimientos de mi pasado que no logro ni ordenar y ni ubicar. Don Zacarías, así lo llaman sus devotos, es un representante de Dios, el párroco del barrio. Creo que Dios no tiene un departamento de selección de personal. Lástima, le sería muy útil.

Es un hombre alto, delgado, muy delgado, serio e irritable. Tiene la mala costumbre de clavarte la mirada, de azules ojos, con tanta profundidad que parece que te esté leyendo el alma. Seguro que me ha mandado al infierno en más de una ocasión. Su única preocupación es su cuervo. Sí, has leído bien, su mascota es un cuervo. Es un pajaraco realmente grande; su pico y su tamaño te obligan a respetarlo. Su plumaje es como la sotana de su dueño. No hay ruido que se le escape y lo denuncie con un incesante graznido. No está enjaulado, revolotea suelto por el piso. En alguna ocasión, se le ha escapado y ha entrado en mi apartamento por el patio interior; sigiloso, parecía que me vigilaba. ¡Vaya susto me llevé! Jamás me ha dado las gracias por avisarlo. No me importa, paso de él.

Nunca le he visto vestido de otra manera que no sea con su negra y larga sotana. Su única pincelada de color es el blanco del alzacuellos. No creo que siga ninguna tendencia actual. La sotana le cubre hasta los zapatos. Cuando camina, parece que se desliza, que flota. Su paso es lento, sigiloso, meditado, mientras observa todo aquello que lo rodea, analizándolo, cuestionándolo.

No sé por qué no me gusta, no sé por qué lo odio. Quizás sea por su mirada o su delgadez; quizás, porque, en el fondo, envidia la vida que ha elegido: la ha elegido él, mientras que yo vivo dando tumbos, sin rumbo, perdido.

En alguna ocasión, le he comentado a Sergi, mi mejor amigo, lo intrigante y familiar que me resulta mi vecino. Nunca le he dado mucha importancia, pero Sergi sí, siempre me hace preguntas sobre él, preguntas que siempre se quedan sin respuesta.

En la tercera planta vive Albert, su madre y su perrita. Es una West Highland Terrier; su pelaje es de color blanco puro. Se llama Dana y me quiere con locura; cada vez que me ve, sale disparada hacia mí moviendo su rabito a mil por hora. Es muy cariñosa. La madre de Albert se llama Andrea. ¡Vaya madre! Solo con pronunciar su nombre me estremezco. Lo tuvo que tener muy joven, todavía conserva una figura que te invita a seguir sus curvas. Su sinuoso cuerpo parece música al caminar, sus marcadas facciones te advierten de su severidad, algo que, más que asustarme, me atrae; su mirada, cómo me mira... Las cenizas de un volcán arden en sus pupilas y, cuando me habla, esa voz me hechiza, nunca me entero de lo que dice; mientras me está hablando, mis ojos se van deslizando lentamente entre sus carnosos labios. Me derrite.

Yo vivo en la cuarta planta, en el ático, con mi gato, Flip.

Recuerdo que aquel viernes por la tarde no me encontraba precisamente animado, no estaba para muchas bromas y mucho menos para presenciar discusiones estúpidas. Me fui pitando arriba, no quería malos rollos; necesitaba estar tranquilo, había quedado con Aida, mi hija, en que la llamaría. Aida está estudiando en Madrid y no podría estar conmigo esa noche para celebrar mi cumpleaños. No dejaba de oír la discusión entre el chaval y el párroco por el dichoso patinete. ¡Vaya bronca! Para ser un párroco, tiene muy malas pulgas. Pensé que sería mejor llamar a Aida más tarde, cuando hubiese terminado el alboroto de los vecinos.

Al cerrar la puerta de casa, pude oír que la madre de Albert bajaba por las escaleras con toda la caballería para defender a su hijo. Dana, arrastrada por el nerviosismo de la madre, ladraba sin cesar. ¡Mierda! Me tenía que haber quedado, nunca había visto a Andrea enfadada; me la imagino y me pierdo...

Decidí dejar las cosas del trabajo en mi habitación y bajar a ver el espectáculo... a Andrea.

Fue en ese preciso momento, justo al cruzar la puerta de mi habitación, cuando una corriente de aire recorrió todo mi cuerpo, todos mis sentidos. Era fría, muy fría; me heló, me atravesó.

Reaccioné. ¡Pero si en mi habitación no hay ninguna ventana! De repente se cerró la puerta, de golpe, con un portazo tremendo. La carpeta con los informes del trabajo que sostenía en mi mano se precipitó al suelo. Al inclinarme para recoger los documentos, se hizo un silencio absoluto, no era capaz de oír nada, nada... El despertador se interpuso en mi ángulo de visión, marcaba las 3:04 a.m.

La cama se desvaneció; la lámpara de pie parecía apartarse con discreción; la mesita desapareció; solo existía el despertador. Sus números se hicieron más grandes, los miré con obsesión duramente más de un minuto, hipnotizado, atrapado, esperando a que el tiempo obligase a avanzar al minutero. No lo hizo.

Salí corriendo de la habitación. Andrea y el párroco seguían discutiendo en el rellano, los podía oír. Volví a la habitación. Nada. Silencio. Frío, mucho frío.

Flip se acercó a mí, rozó su pequeño cuerpo contra mi pierna. De pronto, su instinto le obligó a girar la cabeza y clavó su mirada en un punto muy concreto de la habitación. Un hedor repugnante invadió la estancia. Flip arqueó su espalda, erizó todo su pelo y bufó. Un maullido de terror me

alertó. Retrocedí unos pasos. Me pareció oír mi nombre, pero no fui capaz de ver nada ni a nadie. Flip, sí.

Ante mis ojos, una sombra que parecía tener consistencia física surgió de la nada, agarró a Flip de su cola y lo arrastró al interior de la habitación. Los surcos de sus garras en el suelo de madera mostraban su desesperación por impedirlo. Su cuerpo fue lanzado al aire. La sombra, con un poder oscuro y endemoniado, comenzó a voltearlo con crueldad de un lado a otro de la estancia. Él se defendió con un maullido gutural, con una intensidad y fuerza propia de una fiera salvaje; fue en vano. Impotente, presencié como Flip lanzaba zarpazos al aire, intentando aferrarse a la vida.

Mi corazón latía con fuerza. La angustia marcaba el ritmo de mi respiración. Un sentimiento de rabia e ira me robó la sensatez. Enloquecido, grité:

–¡Fliiip! Dios mío... ¡Bastaaa! ¡Dejadlo, basta yaaa!

Con la misma brusquedad con que empezaron los golpes, cesaron. Su pequeño cuerpo se desplomó en el suelo.

Me acerqué con cautela y me arrodillé a su lado. Su cuerpo sangraba; su asustada mirada azul lloraba. Su alma se escapaba.

Lo acaricié con cuidado para no hacerle daño. Lloré.